

## JUSTINO SINOVA

o mejor que se puede hacer con el televisor es apagarlo a tiempo. Esto no es una broma. Lo digo completamente en serio. Saber apagar el televisor cuando ha terminado el programa que se buscaba o cuando ofrece algo que no interesa o que incomoda, es un acto muy difícil. Lo normal, lo lamentablemente normal, es seguir con la nariz pegada a la pantalla, adormecidas las facultades mentales por el brillo, el color y el ruido que surgen a borbotones, gratis e imparables. Desconectar el televisor revela control de uno mismo y cultura suficientes como para resistirse y vencer a un aparato dominador.

El televisor está presente en un lugar relevante de la vida del hombre de hoy. Basta comprobar el lugar que ocupa en el hogar para entender que es un elemento de uso cotidiano, se diría que forzoso. Las dos máquinas generalmente anheladas hoy son el automóvil y el televisor. En todas las casas hay una habitación dispuesta en torno al televisor, que dicta la decoración, impone los horarios y selecciona los temas de conversación... de la escasa conversación que se practica porque la comunicación televisiva ha arrinconado la comunicación interpersonal.

En la vida pública ocurre otro

*«En la vida pública se persigue dominar el televisor para aprovechar los efectos de la dominación ejercida por el televisor en el ámbito de la vida privada. Este poder de la imagen domiciliada es una certeza común.»*

tanto. La actividad política vive condicionada por el televisor. No sólo los partidos derrochan esfuerzos para controlar las emisoras públicas, sino que trabajan a diario para ganar unos minutos de pantalla. La televisión también impone en este ámbito público un programa de comportamiento. Cuando un telediario conecta en directo con el Parlamento suele estar interviniendo, qué casualidad, un político del partido del Gobierno.

ero no sólo los políticos: los ciudadanos de a pie se mueven subordinados a la televisión. Tom Wolfe explicaba con ironía esta dependencia colectiva en «La hoguera de las vanidades». Se había anunciado una protesta en la calle pero el informador no veía movimiento alguno:

«—¿Cuándo empieza la manifestación?—preguntó Fallow.

—En cuanto llegue el Canal 1 (...).

—¿Y la gente dónde está? (...).

—La gente llegará... en cuanto lleguen los del Canal 1.»

En la vida pública se persigue dominar el televisor para aprovechar los efectos de la dominación ejercida por el televisor en el ámbito de la vida privada. Este poder de la imagen domiciliada es una certeza común. Los investigadores no se ponen de acuerdo a la hora de evaluar el efecto concreto de la televisión, pero todos sabemos que la televisión influye, sobre todo en esas largas exposiciones aletargadas en que el espectador renuncia a sus defensas, a su sentido crítico, a su capacidad de pensar. Se ha comprobado que los españoles dedi-

can tres horas diarias por término medio a mirar la televisión. Consumen más tiempo ante el aparato que en conversar con los demás miembros de la familia, igualmente enganchados a la pantalla. Y cuando se despegan de ella, su diálogo gira en torno a su alimento televisual.

La actitud con la que los espectadores se sientan ante el televisor incrementa su influencia. Las últimas encuestas dicen que sólo una minoría consulta previamente la programación y se dispone a ver un espacio que ha seleccionado. Dos de cada tres, por el contrario, conectan el televisor sin una preferencia determinada, rendidos psicológicamente, dispuestos a engullir lo que ofrezca la pantalla. Algunos se enganchan a un programa que pasa casualmente ante sus ojos. Los demás son los que forman la legión de practicantes del «zapping», consumidores de historias fragmentadas, violencias, chistes, amores, delitos, anuncios, alaridos y brillo, un revoltijo que sólo se puede contemplar impasible cuando uno ha abdicado de sí mismo.

Esta exposición a tal influencia dominante produce efectos redobladados en los niños. Un niño dejado a su aire, no vigilado suficientemente, acaba pasando más horas a la semana ante el televisor que en el colegio. El aparcamiento de niños ante el televisor por madres demasiado ocupadas es una agresión irreparable. Los programas infantiles son un compendio de simplezas, gritos y mucho colorín. Lolo Rico ase-

*«Muchos programas de la televisión han vulgarizado lo sagrado.*

*Todos los días uno puede ver, sin esforzarse por encontrarlo, sexo sin amor. Y han hecho habitual lo insólito. El delito salta a la pantalla a cualquier hora del día y de la noche.»*

gura que en su larga vida profesional en televisión no ha visto «un solo espacio infantil que reúna las características imprescindibles para considerarlo un buen programa» («TV, fábrica de mentiras»). Por si eso fuera poco, la mitad de los niños ven programación adulta. Muchos programas de la televisión han vulgarizado lo sagrado.

Todos los días uno puede ver, sin esforzarse por encontrarlo, sexo sin amor. Y han hecho habitual lo insólito. El delito salta a la pantalla a cualquier hora del día y de la noche. Cada semana, la



La actitud con la que los espectadores se sientan ante el televisor incrementa su influencia.

televisión ofrece más de seiscientos atracos, violaciones, asesinatos, desfalcos. Hay quien resta importancia a este muestrario de crímenes por pertenecer al mundo de la ficción. Pero muchos de los que se entregan a la televisión en actitud de «letargo vegetal», según la expresión del psiquiatra Luis Rojas Marcos, acaban no advirtiendo la diferencia y entendiendo que en la vida vale todo. Han sido presa de la confusión hasta algunos directivos de la televisión. Hace poco hemos asistido —¿asombrosos?; unos pocos, otros con su adormecimiento habitual— a un espectáculo insospechado: la entrevista que una actriz le hacía a una confusa niña de cinco años que había tenido la desgracia de ser el objeto del delito de unos mayores. La protección de los niños, que impide la utilización de su imagen como reclamo publicitario y la explotación de su intimidad, no está sólo en la ley sino en la base de la comunicación. Cuando se llega a esta utilización de los niños para llamar la atención de los espectadores es que algo importante no funciona como debiera.

**P**or qué pasan estas cosas? ¿Es que vamos a tener que resignarnos a que la televisión sea un instrumento de agresión y no un vehículo de información, de solidaridad, de cultura? La durísima competencia a que se han visto obligadas las televisiones privadas en un mercado controlado por una todopoderosa y experimentada televisión pública explica en parte la caída del nivel de

*«La televisión pública dejó de cumplir su cometido cuando sucumbió a la presión política —es decir, desde el día de su nacimiento— y ha dejado de cumplirlo también ahora cuando ha renunciado a constituirse en punto de referencia por lo excelente.»*

exigencia de algunos programas. Ha habido que vulgarizarlos para ponerlos al alcance del último telespectador posible. El debate, el razonamiento, la ciencia, el arte han quedado relegados. Estos no son exactamente los programas que todos queríamos cuando decíamos que no valía aquella televisión del monopolio. Protestábamos contra el control político de la televisión y ahora tenemos que rebelarnos contra las toneladas de trivialidad.

no han acabado los motivos de protesta. La televisión pública tiene parte de culpa en este fenómeno de chabacanería. De una manera sorprendente, incomprensible desde la responsabilidad de un medio público, se ha obsesionado con la idea de responder a la competencia de estos programas con las mismas armas y, así, ha rebajado también el nivel de su programación hasta niveles insoportables. La televisión pública dejó de cumplir su cometido cuando sucumbió a la presión política —es decir, desde el día de su nacimiento— y ha dejado de cumplirlo también ahora cuando ha renunciado a constituirse en punto de referencia por lo excelente. TVE está agrediendo a ese espectador que se niega a perder, mientras deja pasar la ocasión de poner remedio al desbarajuste. Si TVE fuera un estímulo cultural, en poco tiempo subiría el nivel de exigencia general. Mientras no ocurra así, habrá más razones aún para decir que lo mejor que se puede hacer con el televisor es apagarlo a tiempo.